

El papel del traductor desde la Edad Media hasta el Renacimiento: un recorrido a través de uno de los oficios más antiguos del mundo

Marta Cueva Cambor
Universidad de Oviedo
cuevamarta@uniovi.es

Recibido: 16.09. 2024
Revisado: 25.12. 2024
Aceptado: 11. 01. 2025

Resumen: El oficio de la traducción es uno de los más antiguos del mundo. Desde siempre, el hombre se ha servido de la traducción y ha evolucionado con ella, adaptando su papel de acuerdo con los pensamientos y las necesidades de distintas épocas. Durante estas páginas veremos, de manera breve y concisa, cómo ha ido variando el ejercicio de la traducción y la concepción del traductor en el mundo.

Palabras clave: Traducción, Papel del traductor, Edad Media, Humanismo

The role of the translator from the Middle Ages to the Renaissance: a journey through one of the world's oldest professions

Abstract: Translation is one of the oldest professions in the world. The human being has always drawn upon translation and has evolved with it, adapting its role according with the thoughts and needs of different times. In these pages, we will briefly and concisely show how the practice of translation and the concept of the translator have changed throughout the world.

Keywords: Translator, Role of the translator, Middle Ages, Humanism

Sumario: Introducción. 1. Reflexiones iniciales sobre la traducción. 2. El papel del traductor desde la Edad Media hasta el Renacimiento. 2.1. La Edad Media: el traductor como transmisor de textos sagrados. 2.2. El Humanismo: el traductor como impulsor de ideas estéticas. 2.3. Entre el Humanismo y el Renacimiento: el traductor como difusor de la identidad nacional. Conclusiones.

Introducción

La figura del traductor, entendida como un conversor y un transmisor de mensajes y significados de una lengua (A) a otra (B), representa uno de los oficios más antiguos de la humanidad. Desde siempre ha sido esencial para la evolución humana y el entendimiento entre individuos. Por ese motivo, ha estado presente en todas las épocas y facetas del ser humano, incluso en nuestros días, donde los avances tecnológicos amenazan cada vez más con sustituir su saber por máquinas automatizadas.

A lo largo del tiempo, el traductor ha ido cambiando, tanto su concepción como su función, adaptándose los contextos socioculturales, así como a las necesidades de cada momento. Así pues, el objetivo de estas páginas es ofrecer un análisis diacrónico, en forma de viaje, para comprobar, a rasgos generales, cómo ha ido cambiando con el paso del tiempo el papel del traductor y su concepción en el mundo.

1. Reflexiones iniciales sobre la traducción

En primera instancia, es de vital importancia detenerse a reflexionar, por unos segundos, en qué consiste el ejercicio de traducir y por qué lleva siendo tan necesario desde los orígenes del ser humano.

El filósofo, crítico y traductor Walter Benjamin (1923: 336) entendía la traducción como una forma derivada o subordinada de un texto original. Para él, si bien era una forma de comprender un mensaje, como, por ejemplo, una obra literaria, nunca llegaba a adquirir la misma importancia que el original. Algunas de las bases de este pensamiento radican en la idea de que las traducciones siempre son producciones posteriores a los originales y, por ello, carecen de la misma importancia. Para él, siempre que se quisiera comprender una traducción, era preciso volver al original.

Es evidente que una traducción, por buena que sea, jamás podrá significar algo para el original. No obstante, está íntimamente relacionada con este mediante su traducibilidad. Más aún, esta relación es tanto más íntima cuanto que ya no significa nada para el original; se la puede llamar natural, y, con más precisión, una relación de la vida. Tal como las manifestaciones de la vida están profundamente relacionadas con lo vivo sin significar nada para ello, así, la traducción procede del original, aunque no tanto de su vida, sino de su supervivencia. Porque la traducción es posterior al original; y, por cierto, en las obras importantes, que nunca encuentran a sus más escogidos traductores en la época de su creación, es significativo el estadio de la prolongación de su vida.

Benjamin también hablaba sobre traducibilidad, y defendía que, gracias a ella y a la vida de un original –entendida como la pervivencia de un texto–, los traductores pueden contribuir a su supervivencia en el tiempo por medio de la forma que le dé por medio de una lengua distinta a la del original. Sin embargo, también menciona que la vida de las traducciones y su pervivencia en el tiempo es incomparable a la vida y pervivencia de los originales. Según él (*Ibid*: 340), las traducciones juegan un papel temporal gracias al cual el original es capaz de crecer y de expandirse en dimensiones en las que, sin ellas, les sería imposible alcanzar:

Con esto se reconoce, por supuesto, que toda traducción sólo es un modo algo provisional de plantear el problema de la distancia de las lenguas. [...] La traducción, por lo tanto, aunque no puede reclamar la perpetuidad para sus creaciones, diferenciándose así del arte, no niega su orientación hacia una fase última, definitiva y decisiva, de todo el porvenir y creación de las lenguas. En ella, en la traducción, el original crece hasta llegar a una atmósfera de la lengua, en cierto modo, más elevada y más pura; donde, por cierto, no puede vivir éste perpetuamente, así como tampoco la alcanzan, ni aproximadamente, todos los elementos que lo constituyen; pero sí, cuando menos, la señala de forma maravillosamente persuasiva como el ámbito de reconciliación y cumplimiento de las lenguas, predestinado e inalcanzable. No llega todo el tallo ni las raíces del original, pero en este ámbito se halla aquello que en una traducción es más que información.

En uno de sus libros, David Bellos (2012: 13-15) menciona un caso en el que Douglas Hofstadter, un científico de la Universidad de Indiana, le había llamado especial atención un poema que el autor francés Clément Marot escribió en el siglo XVI, así que les pidió a muchos de sus amigos que lo tradujeran al inglés respetando tanto como les fuera posible la forma del original. Y entonces, al recibir muchas traducciones distintas, afirmó que «todo enunciado tiene innumerables traducciones aceptables», rechazando la idea de que solo existía una traducción posible o perfecta para cada original. Así pues, el hecho de que la disciplina de la traducción no dé un fruto determinado para cada caso, sino que da varios distintos, hace que el estudio de la traducción se defina como algo sumamente y reciente.

Ni siquiera el concepto de “traducción” en sí mismo ha sido siempre el mismo. De hecho, es relativamente reciente, y fue variando en múltiples ocasiones durante el pasado. En algunos momentos, incluso llegaron a coexistir varios conceptos al mismo tiempo, y ni siquiera los encargados de realizar el propio ejercicio sabían de qué manera debían referirse a él. A lo largo de los siglos, la actividad del traductor, al que tampoco se le daba ese nombre, oscilaba entre varios nombres, y no solo variaba el concepto, sino también su significado. Para algunas personas, la traducción significaba

traer de un lado a otro un mensaje dicho en una lengua a otra. Para otros, en cambio, esta tarea consistía en verter un texto de una cultura en otra. Otros, por su parte, creían que la traducción era sinónimo de recrear, otros, de imitar, y otros, de convertir. Y así con un sinfín de apelativos y significados que, en algún momento de la historia, trataron de dar nombre a la disciplina que nos ocupa y que hoy día conocemos por el nombre de «traducción» (McElduff 2013: 189-196).

De acuerdo con los estudiosos Jean Delisle y Judith Woodsworth (1995: 15), el estudio de la traducción desde un punto de vista histórico y cronológico nos permite tres cosas: en primer lugar, comprender cómo ha ido cambiando el papel de la traducción y de los traductores a lo largo de los años; en segundo lugar, determinar los criterios que llevaron a los individuos de una cultura u otra a traducir según qué textos; y, por último, ser partícipes de las reflexiones que los mismos traductores hicieron sobre su oficio y las dificultades que encontraron mientras lo llevaban a cabo:

Faire l'histoire de la traduction, c'est mettre au jour le réseau complexe des échanges culturels intervenus entre les êtres humains, les cultures, les civilisations au cours des âges. C'est tracer le portrait de ceux qui ont travaillé à ces opérations d'«import-export» et tenter de percer les motifs profonds qui les ont poussés à traduire telle œuvre plutôt que telle autre. C'est chercher à savoir pourquoi leurs commanditaires (rois, aristocrates, mécènes, ecclésiastiques de haut rang, etc.) leur ont commandé la traduction de tel ouvrage en particulier. C'est prendre en compte ce que les traducteurs eux-mêmes ont écrit sur leur métier, ses difficultés, ses limites.

Además, de acuerdo con la cita de D'hulst que los mismos autores introducen a continuación (1995: 15), la historia de la traducción es la única vía para entender esta disciplina y, al mismo tiempo, analizar los paralelismos y los solapamientos entre los distintos tipos de pensamiento y actividad traductora:

En somme, comme l'a observé Lieven D'hulst (1994 : 13), l'histoire «est pratiquement le seul moyen de retrouver l'unité d'une discipline, en montrant les parallèles et les recoupements entre des traditions de pensée et d'activité divergentes, en rapprochant le passé et le présent».

En suma, el estudio de la historia de la traducción es esencial para comprender las distintas realidades sobre la disciplina, y solamente aunando datos del presente y del pasado es posible analizar debidamente la evolución de la traducción y de los traductores a lo largo de la historia.

2. El papel del traductor desde la Edad Media hasta el Renacimiento

A la traducción se lo debemos todo. Esta disciplina es la responsable de que los individuos hayan sido capaces de comunicarse y entenderse desde los tiempos más remotos hasta el día de hoy. Desde las relaciones interculturales que mantenían gentes de pueblos distintos en el pasado hasta el presente del gran avance tecnológico, que ha acelerado este ejercicio hasta el punto de resolver muchos problemas lingüísticos con un solo *clic*. Y el hecho de que, ya desde las más antiguas civilizaciones, el hombre se haya servido del ejercicio de la traducción solo demuestra una cosa: la traducción es tan necesaria como el respirar. Es curioso pensar que, cuando el ser humano nace, nadie le dice que debe respirar ni cómo tiene que hacerlo, sino que simplemente lo hace. Con la traducción sucede casi lo mismo: desde los tiempos más remotos, el hombre se ha visto, primero, en la obligación de comunicarse y, segundo, de transmitir pensamientos más allá de su lengua. Geográficamente hablando, las distintas lenguas y culturas han ido evolucionando con el paso del tiempo de diversas maneras, y el hombre, como por instinto, ha querido superar las barreras existentes entre unas y otras. Así pues, la traducción nace como una especie de impulso, de estímulo: el hombre, desde que nace, traduce igual que respira, porque, salvando, evidentemente las distancias, ambas son tareas necesarias para su supervivencia y evolución.

Aun así, los individuos no siempre han traducido de la misma manera. Hasta llegar a lo que hoy se conoce propiamente como «traducción», han pasado una serie de fases, de etapas en la historia, en las que la traducción, tanto como disciplina como concepto, ha ido variando de forma y adquiriendo significados diversos. De hecho, ni siquiera hoy se dispone de una definición que garantice completamente lo que significa el acto de traducir. Es una paradoja: a pesar de que la traducción sea una de las prácticas más antiguas de la historia de la humanidad, no fue hasta aproximadamente la mitad del siglo XX cuando se empezaron a recoger teorías y pensamientos en torno a la disciplina (Hurtado Albir 1994: 26). Si bien el interés por investigar teóricamente sobre la traducción fue bastante tardío, en cuando aparecieron las primeras teorías estalló una revolución de ideas que hizo que se originaran multitud de corrientes, imposibilitando una “Teoría de la Traducción” en común.

Los siguientes apartados son un pequeño viaje a través de los momentos más interesantes de la historia de la traducción: la Edad Media, el Humanismo y el Renacimiento, en el que se analizará, de forma diacrónica y superficial, cómo han ido evolucionando la traducción y el papel del traductor con el paso del tiempo. Primeramente, nos adentraremos en la Edad Media para descubrir al tractor como transmisor de textos sagrados e

innovador léxico. Seguidamente, recorreremos los tiempos del Humanismo, movimiento que supuso un cambio brutal de paradigma, y en los que el traductor pasó a ser transmisor de ideas estéticas. Por último, desembocaremos en el Renacimiento, etapa en la que el traductor se volvió un difusor de la identidad nacional.

2.1. La Edad Media: el traductor como transmisor de textos sagrados

La Edad Media fue un tiempo repleto de cambios respecto a las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma. Esta época se caracterizaba por el feudalismo, por el que la sociedad estaba regida por la oposición entre señores y siervos y por la supremacía del Clero en cuanto a la formación. También fue la época de los juglares, de los Mesteres de Juglaría y de Clerecía, importantes aportes a la historia de la literatura en lengua vulgar y transmisión oral (Sergi 2001: 19-24).

El ejercicio de traducir, cuyo acto entonces se denominaba como “interpretar” (Alvar 2010: 19), fue adquiriendo, entonces, una gran importancia con el paso del tiempo. Sin embargo, cuando a lo largo de la Edad Media el latín clásico empezó a fragmentarse y dio lugar a sus descendientes, las lenguas romances, el ámbito de la traducción comenzó a ser una disciplina cada vez más recurrida. En la Edad Media, la Iglesia poseía un poder colosal y las peregrinaciones ascéticas eran cada vez más comunes. Esto dio lugar a un nuevo término, el tópico del “Homo viator”, que José A. García de Cortázar (1994: 11) define como el hombre medieval que sigue un “camino físico del viajero que se desplaza de un lugar a otro”, siendo este camino un “camino simbólico de quien hace de su vida una búsqueda de perfección o, cuanto menos, de desasimiento respecto al mundo, concebido como simple tránsito, como mera vía, para la morada definitiva del cielo”. Este término también caracterizará a la traducción del Medioevo como una especie de “traducción como viaje”.

Los hombres de aquel momento “traducían” de una manera muy distinta a la que hoy en día conocemos, comunicándose de un modo u otro sin un método de traducir establecido y como buenamente podían. Unas veces era mediante glosas (Canavaggio & Darbord 1994: 273), mientras otras, la traducción era solo una vaga transmisión de lo interpretado. No obstante, lo importante era que pudieran comunicarse y, sobre todo, en aquella época, cristianizar. En la Edad Media, la labor del “traductor” de entonces no era otra que cristianizar y transmitir los textos sagrados al pueblo.

La Edad Media fue una época rica en culturas. En España coincidieron musulmanes, judíos, mozárabes y cristianos, y todos ellos tenían interés por recuperar la cultura clásica. De esta manera, Toledo, lugar de encuentro de diferentes culturas en aquel momento, se convirtió en la capital de la traducción (Pérez Monzón & Rodríguez-Picavea Matilla 1996: 19-22). Además, contaba con una gran biblioteca de obras orientales que debían traducirse, porque eran de suma importancia científica. Así nació la Escuela de Traductores de Toledo (que posteriormente pasaría a conocerse por el nombre de Escuela Alfonsí).

La Escuela de Traductores de Toledo se formó entre los siglos XII y XIII gracias al arzobispo de Toledo de aquel momento, Raimundo, quien tenía un grandísimo poder, aunque, en realidad, no se institucionalizaría propiamente como una “escuela” hasta el reinado de Alfonso X. Su mayor cometido era el de traducir textos del árabe al latín (Vélez León 2017: 537-539). Se debían transmitir los conocimientos para hacer más rica la cultura del lugar y se perseguía el saber. Los primeros textos por los que se interesaron al traducir fueron textos que versaban sobre ciencia y medicina, puesto que Raimundo tuvo la voluntad de impulsar ese campo del saber, que era bastante desconocido en el Occidente. Así que, de alguna manera, lo que pretendía Raimundo era “verter” en su cultura los conocimientos tan desarrollados sobre ciencia que se tenían en el mundo oriental. Además, es preciso tener en cuenta que el ambiente toledano de entonces era el idílico para el crecimiento cultural, porque, de acuerdo con Daniel H. González (2007: 80), la diversidad de gentes que en aquel momento albergaba la Escuela era variadísima:

Quienes realizaban las traducciones no eran sólo toledanos o ibéricos sino que provenían de distintas regiones, de Inglaterra, los ingleses fueron muy numerosos en la Península Ibérica a lo largo del siglo XII, entre ellos Abelardo de Bath; los franceses originarios de la región cercana a la Península Ibérica conocida como Galia, como Marcos de Toledo estudioso de la medicina en Montpellier; de Italia como Gerardo de Cremona; de Dalmacia como Herman, el Dálmata, y sabios, traductores y viajeros que trabajaban en distintos centros y venían a aprender la ciencia árabe.

En aquella época, era importante que los traductores desempeñaran su labor en equipo. Esto se debía a un cierto desconocimiento de lengua, ya que los traductores, en aquella época, no solían dominar más que su propia lengua de nacimiento. Así pues, tal y como señala Brasa Díez (1996: 43), “cada vez que nos encontremos con equipos formados por dos personas en las traducciones árabe-latinas, debemos suponer que el traductor latino ignora la lengua original”.

Asimismo, es preciso tener en cuenta que en la Escuela de Traductores de Toledo no solo se traducía, sino que también se estudiaba. Aquel era un foco de saber donde los estudiantes aprendían diversos conocimientos. No obstante, y aunque estos conocimientos no solo interesaban a los lugareños, se desconoce la manera en qué se impartían dichas enseñanzas. Gargatagli (1999: 12) cita unas palabras textuales de Márquez Villanueva, donde afirma que “está fuera de toda duda que en Toledo se estudiaba y no solo se traducía. [...] Lo curioso es que no quede testimonio directo acerca de cómo ni dónde se impartían los conocimientos que los selectos peregrinos del saber venían a buscar a Toledo”.

Tiempo más tarde, cuando Alfonso X subió al poder, la Escuela de Traductores de Toledo se institucionalizó y se empezó a conocer por el nombre de Escuela Alfonsí. Era un momento muy importante en el que los textos ya estaban traducidos del árabe al latín y, además, surgió el interés de trasladar todo el conocimiento depositado en ellos al castellano. Así, surgió la traducción mediada (del árabe se traducía al romance y del romance al latín), que hizo que las lenguas romances se fortalecieran. No obstante, el pensamiento medieval seguía apoyando la supremacía del latín y considerando que el romance no tenía la suficiente fuerza como para compararse con él (Menéndez Pidal 1951: 365-368).

En ese momento, la actividad traductora se volvió una labor muy intensa, en el que se traducía y se revisaba repetidas veces. Aun así, parece que entre la etapa de Raimundo y la etapa de Alfonso X apenas hubo diferencias en el modo de obrar. De acuerdo con Menéndez Pidal (1951: 365), “se siguió siempre la misma técnica: de la labor se encargaba un equipo formado por dos personas impuestas en la materia en cuestión; de ellas, una conocía especialmente la lengua del original, mientras la segunda era perita en la lengua a que se hacía la versión; ambos colaboradores tenían por común la lengua vulgar”.

Las reflexiones que hace Menéndez Pidal en torno a este tema son de gran interés, ya que, además, nos presenta la transcripción de un fragmento del tratado *De judiciis astrologiae*:

Loores e gracias a Dios... qui en este nuestro tiempo nos deñó dar señor en tierra... escodriñador de sciencias, requiridor de doctrinas e de enseñamientos que ama e allega assi los sabios e los que entremeten de saberes e les face algo e mercet. Porque cada uno dellos se trabaia espaladinar los saberes en que es introducto e tornalos en lengua castellana a laudor e a gloria del nombre de Dios e a ondra e en prez del antedicho Señor, el qui es el noble rey don Alfonso... qui sempre desque fue en este mundo amó e allegó assi las sciencias e los sabidores en ellas, e alumbró e cumplió la gran mengua que eran los

ladinos... Yhuda fi de Mosse Alcohen su alfaqui... por mandado del antedicho nuestro señor... traslatolo de lengua araviga en castellana (1951: 366).

Con este fragmento, Menéndez Pidal entiende y trata de transmitir que la “novedad alfonsí” se resume en “haber comprendido cómo la lengua vulgar, que hasta entonces no había servido sino de enlace oral entre el árabe y el latín, podía ser de por sí término en el proceso de traducción”. Estas reflexiones son muy interesantes, dado que describen cómo va cambiando poco a poco la concepción de la traducción y su uso a lo largo del tiempo.

De todas formas, lo más relevante de este período es que los traductores de la Edad Media tenían un doble objetivo: por un lado, se dedicaban a transmitir las ideas de los textos religiosos y de cristianizar al pueblo; y por otro, eran innovadores léxicos, ya que, gracias a sus primeras actividades traductológicas, la lengua fue evolucionando progresivamente, y con ella, su léxico.

2.2. *El Humanismo: el traductor como impulsor de ideas estéticas*

Más tarde, tiene lugar el Humanismo, un movimiento cultural e intelectual muy relevante que servirá para sentar las bases de una nueva concepción del mundo. En ese momento, los seres humanos dejan de sufrir por los miedos que tenían durante la Edad Media hacia Dios y hacia la vida, y vuelven a centrarse en ellos mismos. El Humanismo no solo hará crecer el interés por el individuo y el mundo terrenal, sino que también representará un momento muy relevante en cuanto a la formación, la educación y el saber. Tras el gran cambio que supuso dejar de creer en religiosidades para focalizarse en ellos mismos, surgió un interés muy grande por la cultura, el querer saber, los libros y la tradición clásica. Y de pronto, no solo comenzaron a sentir la necesidad de redescubrir el mundo clásico, sino que también empezaron a sentir el deseo de querer explorar culturas nuevas (Colomer 1997: 9-10).

En ese momento, la traducción pasa a verse como una oportunidad para recuperar la tradición de textos antiguos. Hasta ese momento, en latín había gozado de una supremacía absoluta y era considerada la lengua por excelencia. Sin embargo, en ese momento de cambios, ya nadie conoce el latín como lengua materna, sino que se aprende como medio para estudiar las lenguas clásicas. Todos estos aspectos van haciendo que las lenguas romances se desarrollen y vayan ganando mayor aceptación e importancia.

Durante el Humanismo, la disciplina de la traducción era concebida como un arte. Todo traductor era considerado un artista, pues era el encargado de recrear textos antiguos (Bruni 2008: 1-2). Para Bruni, el traductor debe ser capaz de tener un perfecto dominio de la lengua de partida y la lengua de llegada, distinguir los elementos estilísticos del texto y saber reproducirlo en la lengua meta. Tal y como apunta Maurilio Pérez (1995: 200), Bruni introduce una nueva concepción de la traducción:

De este modo, como ya hemos dicho, Bruni inició y desarrolló el método renacentista de la traducción «según el sentido» (lat. *ad sentetiam*), que reemplazó al método medieval de la traducción «palabra por palabra» (fr. *mot à mot*); y, por otra parte, propuso una aproximación totalmente nueva a la literatura clásica, que es lo que convierte a Bruni en un autor plenamente renacentista y humanista.

Juan Luis Vives, por su parte, distinguía tres formas de traducir: la primera se realizaría solo por el sentido, la segunda solo tendría en cuenta la forma de expresión (es decir, una traducción literal) y la tercera, que quizá fuera la más novedosa, que se centraría en ambas cosas (Monreal Pérez 2011: 93-04).

A pesar de todos estos aspectos, los traductores de la época todavía seguían sin saber de qué forma referirse al ejercicio de la traducción.

2.3. Entre el Humanismo y el Renacimiento: el traductor como difusor de la identidad nacional

Durante el llamado “segundo período del Humanismo”, que tiene lugar tras la Reforma de Lutero, comienzan a verse algunas estelas de Renacimiento y, aún más importante, el cambio que sufren las lenguas. Este es un momento clave para la Historia de la Traducción y de la lengua, ya que, a causa de los diferentes nacionalismos y concepciones que coexistían en ese período, comienzan a florecer las lenguas romances, opacando cada vez más la idea de que el latín es la lengua central, suprema e implacable.

Como respuesta a este giro de trescientos sesenta grados, los traductores pasaron de ser los promulgadores de las ideas de la Antigüedad a ser los difusores de las identidades nacionales a través de sus lenguas, dejando a un lado a las clásicas. En el caso de Alemania, aunque en un principio Lutero era un gran conocedor de la lengua latina, más tarde decidió apostar por su propia lengua, el alemán, priorizando la comunicación y garantizando la comprensión de todo un pueblo por vías de

esta lengua. Este fenómeno nos lo detalla Juan Luis Monreal (2012: 195) en muy pocas palabras:

[...] Lutero, aun valorando y conociendo bien el latín, le importó más el uso de la lengua como medio de comunicarse con el pueblo, en este caso el pueblo alemán (Cf. Oberman, 1992: 361-363). Supo distinguir bien, cuándo debía usar el latín, siempre que se dirigía a lectores cultos, y cuándo debía usar el alemán, siempre que se dirigía al pueblo alemán creyente, que fue en la mayoría de los casos.

Además, en este momento de florecimiento lingüístico y cultural, Lutero, que comenzó a ser defensor de la lengua alemana por encima de cualquier otra, empezó a sentir el interés de traducir la Biblia a su lengua.

En este momento en que las lenguas romances adquieren cada vez más importancia, los hombres de la época rompen, tanto con la supremacía de la que había gozado tantos siglos en latín, como con el complejo de inferioridad que envolvía las lenguas modernas hasta ese momento. Los traductores de este período, como Schottelius, defienden que la traducción debe producirse sin forzar la lengua, y que el traductor debe conocer la lengua de partida y la lengua de llegada con profundidad, gozar de un amplio vocabulario y tener un gran dominio que le permita crear un producto acorde a las normas y el uso de la lengua de llegada (García 1993: 94-95). Asimismo, Schottelius también sostenía que la clave de toda traducción es verter el contenido de la lengua original a la propia:

[...] y ahora hablemos de la traducción y de cómo todo el que quiera traducir correctamente un libro extranjero y difícil deberá poseer un cumplido acopio de vocablos y expresiones. Si, por ejemplo, un historiador o un político quiere hacer mención de términos como *Gewaltthaten*, *Prozeßführen*, *gütlichen Handlungen*, que con asiduidad aparecen en las descripciones históricas, sería muy lamentable el empleo de un único y exclusivo vocablo o giro. Con ello queremos probar la necesidad de aludir a un hecho con diferentes palabras y giros para lograr así una expresión más viva y despertar la atención y la reflexión del lector u oyente.¹

A pesar del desequilibrio que todavía existía entre las lenguas clásicas y las modernas, esto supuso un primer paso para las que todavía estaban proceso de desarrollo. Se las dejó florecer poco a poco y se les fue dando cada vez mayor importancia. Este supuso un momento clave para la traducción, ya que fue el punto de partida para que comenzasen a surgir

¹ Cita textual de la obra de J. G. Schottelius (1640). *De cómo se debe traducir correctamente al alemán*, extraída de la obra de M. Á. Vega (1994). *Textos clásicos de teoría de la traducción* (pp. 136-141). Madrid: Cátedra.

teorías, debates y posicionamientos que irían configurando, progresivamente, la Ciencia y la Teoría de la Traducción.

Conclusiones

En definitiva, el estudio de la traducción ha sido siempre un campo complejo desde los tiempos pasados, desde que empezaron a surgir las primeras manifestaciones, hasta nuestros días. Darle un nombre al acto de traducir (y también al encargado de hacerlo, el traductor) ha sido desde siempre una tarea complicada, teniendo en cuenta la multitud de conceptos de los que se ha ido hablando en un momento y otro. Hoy en día, tras muchos siglos de búsqueda y reflexión, nos referimos al ejercicio con el nombre de “traducción” y al profesional lo hemos llamado “traductor”.

Las razones por las que nos ha llevado tanto tiempo, esfuerzo y búsquedas en instaurar estos nombres y desechar otros han sido varias. En primer lugar, es innegable que la Ciencia y Teoría de la Traducción son disciplinas complejas, algo de lo que, hasta hace relativamente medio siglo, no se tenían sentadas las bases. El estudio teórico de esta disciplina es muy reciente, a pesar de que el acto de traducir haya estado presente en nosotros desde los tiempos más remotos. Suena paradójico que algo que se hacía casi desde el inicio de la existencia humana, cuando todavía se realizaba de forma oral, haya sido tan sumamente difícil de definir de manera teórica. Por otro lado, el hecho de haber tardado tanto en establecer un nombre para el acto de traducir también es debido a que el papel del traductor ha ido variando a lo largo de la historia. Estas variaciones, tal y como se han podido ver a lo largo de estas páginas de manera breve y concisa, han estado marcadas por las condiciones y las necesidades de cada época. A lo largo de estas hojas, hemos podido ver a modo de resumen cómo ha ido cambiando el rol del traductor a lo largo del tiempo: en la Edad Media, el traductor operaba como difusor de ideas religiosas, a modo de “evangelizador”, mientras que durante el Humanismo comenzó a promulgar las ideas estéticas del mundo clásico y en el Renacimiento impulsó el orgullo de la identidad nacional a través de las lenguas modernas.

Lo cierto es que, de una forma u otra, la traducción es algo que ha acompañado siempre al hombre, desde prácticamente sus inicios hasta el día de hoy. Parece imposible imaginarse una vida sin traducción y, si acaso existiera, distaría mucho de cómo la conocemos. La traducción a lo largo de la historia nos demuestra que siempre ha sido una disciplina imprescindible para el ser humano. Si nos paramos a reflexionar, al igual que la traducción no sería posible si los seres humanos que la realizan, la evolución de los

seres humanos no habría sido en muchos aspectos posible sin la existencia de la traducción. El ejercicio de la traducción es, por tanto, una especie de “subordinado” para el ser humano, que lo acompaña allá donde vaya, como si fuera su sombra. Concepto que nos viene como anillo al dedo, dado que, a pesar de su innegable importancia, la traducción ha quedado siempre relegada a un segundo plano, oculta, olvidada y a la sombra de los originales. El ejercicio de la traducción es un acto que no siempre ha recibido toda la atención que se merecía y que, sin embargo, siempre ha estado ahí, al servicio de los seres humanos.

Referencias bibliográficas

- ALVAR, C. (2010): Traducciones y traductores: materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- BELLOS, D. (2012): Un pez en la higuera: una historia fabulosa de la traducción, trad. V. Campos, Barcelona: Ariel.
- BENJAMIN, W. (1923): “La tarea del traductor”, *Angelus novus*, Barcelona: Edhasa.
- BRASA DÍEZ, M. (1997): “Métodos y cuestiones filosóficas en la Escuela de Traductores de Toledo”, *Revista española de filosofía medieval*, 4, pp. 35-50.
- BRUNI, L. (2008): *De interpretatione recta-De la traduction parfaite*. Ottawa: University of Ottawa Press.
- CANAVAGGIO, J. & B. DARBORD (1994): *Historia de la literatura española: La Edad Media*, Barcelona: Ariel.
- COLOMER, E. (1997): Movimientos de Renovación. Humanismo y Renacimiento, Madrid: Akal ediciones.
- DELISLE, J. & J. WOODSWORTH (1995): *Les traducteurs dans l'histoire*, Ottawa: University of Ottawa Press.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á. (1994): “El hombre medieval como ‘Homo Viator’: peregrinos y viajeros”, IV Semana de Estudios Medievales: Nájera, 2 al 6 de agosto de 1993, pp. 11-30, Instituto de Estudios Riojanos.
- GARGATAGLI, M. (1999): “La Escuela de traductores de Toledo”, *Quaderns: revista de traducció*, pp. 9-13.
- GARCÍA GARCÍA, O. (1993): “J.G. Schottelius, teórico de la traducción”, *Revista de estudios de traducción*, 3, pp. 89-96.
- GONZÁLEZ, D. H. (2007): “Escuela de traductores de Toledo”, *Infodiversidad. Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas*, 11, pp. 77-88.

- HURTADO ALBIR, A. (1994): "Perspectivas de los estudios sobre la traducción", *Estudis sobre la traducció*, 1, pp. 25-40.
- MCELDUFF, S. (2013): *Roman Theories of Translation: Surpassing the Source*, New York: Routledge.
- MENÉNDEZ PIDAL, G. (1951): "Cómo trabajaban las escuelas alfonsíes", *Nueva revista de filología hispánica*, 5.4, pp. 363-380.
- MONREAL PÉREZ, J. L. (2011): "El arte de la traducción en el Humanismo renacentista español", *Hikma*, 10, pp. 81-108.
- MONREAL PÉREZ, J. L. (2012): "La perspectiva religiosa y el uso de la lengua en Lutero", *Futhark. Revista de Investigación y Cultura*, 7.
- PÉREZ, M. (1995): "Leonardo Bruni y su tratado *De interpretatione recta*", *Cuadernos de Filología Clásica*, pp. 193-233.
- PÉREZ MONZÓN, O. & E. RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA. (1996): *Toledo y las tres culturas*, Madrid: Akal ediciones.
- SERGI, G. (2001): *La idea de Edad Media*, Barcelona: Crítica.
- VEGA, M. Á. (1994): *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid: Cátedra.
- VÉLEZ LEÓN, P. (2017): "Sobre la noción, significado e importancia de la Escuela de Toledo", *Disputatio* 6(7), pp. 537-579.